

Pasó por delante de donde yo estaba situado, á corta distancia, y tuve todo el tiempo necesario para mirarlo atenta y detenidamente.

La idea que me había formado cayó como quimérica ilusión.

El Rey de los Réyes, el Sultan pródigo hasta el derroche, violento, caprichoso, imperioso,—que á la sazón frisaba en los cuarenta y cuatro años,—ofrecía el aspecto de un turco de buenísima pasta, que estaba oficiando de Sultan sin saberlo.

Era un moceton gordo, de bello semblante, con grandes ojos serenos y barba corrida y corta, ya algo canosa. Su fisonomía era franca y dulce; porte naturalísimo, casi descuidado; mirar tranquilo y lento, sin que el más mínimo asomo de preocupacion lo alterase, y sin que las mil inquisitivas ojeadas del público lo disturbasen en nada. Cabalgaba sobre hermoso potro tordo enjaezado ricamente de oro, y tenido por las riendas por dos palafreneros radiantes de lujo. El acompañamiento cortesano le seguía á no larga distancia, y por él veníase en conocimiento de la alta categoría del personaje.

Vestía modestísimamente: un sencillo fez, un largo casacon de color oscuro abotonado de alto abajo, un par de pantalones claros y calzado de tafilete. Adelantaba, según dije antes, despacio, mirando alrededor con expresion entre benévola y

cansada, como si quisiese decir á los espectadores:—¡Si viéseis cuánto me aburro!

Los musulmanes se inclinaban, muchos europeos se quitaban el sombrero, pero él no devolvió á nadie el saludo. Al pasar por delante de donde yo estaba se dignó mirar á un oficial de alta estatura que lo saludó con el sable; echó otra ojeada al Bósforo, y luego fijó la vista en dos jóvenes inglesas que se hallaban en un carruaje descubierto viéndolo atravesar la plaza, y que se pusieron encarnadas como la grana.

Observé que tenía las manos muy blancas y bien formadas, y precisamente me fijé en la derecha, con la que dos años despues se abrió las venas en el baño.

Tras él pasaron bajás, cortesanos, *grandes peeces*, á caballo, casi todos hombretones de barba negra, vestidos sin pompa, silenciosos, graves, sérios, como si acompañasen fúnebre cortejo. Despues, un escuadron de palafreneros que conducían pié á tierra soberbios caballos. Luego un monton de oficiales con el pecho cubierto de sardinetas y cordones de oro. Los soldados dejaron las armas en su lugar descanso, la muchedumbre se desparamó, y yo permanecí en la plaza inmóvil con las pupilas fijas en la cresta del monte Bulgurlú, meditando en la singularísima condicion de un Sultan de Stambul.



Pensaba: hé aquí un Monarca mahometano que tiene su residencia al pié de una ciudad cristiana, Pera, cuyas torres la dominan; soberano absoluto de uno de los Imperios más vastos del mundo, y cuenta en la vecindad de su metrópoli, en grandes palacios, superiores á su Serrallo, cuatro ó cinco extranjeros ceremoniosos que la echan de dueños en su propia casa, y que tratando con él esconden bajo reverente lenguaje, una amenaza perpétua que lo hace temblar. Posee un poder sin límites, en calidad de Señor de vidas y haciendas de millones de súbditos; medios con que satisfacer sus más locos designios, y sin embargo, no es dueño de cambiar la forma del casquete que cubre su cabeza. Se halla rodeado de gran ejército de cortesanos y guardias, capaces de besar las huellas de sus plantas, y teme constantemente por la propia vida y la de sus hijos. Es propietario de mil mujeres, entre las hermosas de la tierra escogidas, y á él solo, de todos los musulmanes del Imperio, le está prohibido dar la mano de esposo á una mujer libre; no puede tener hijos sino de esclavas, y él mismo es llamado "hijo de esclava," por el mismo pueblo que lo apellida "sombra de Dios." Su nombre suena reverenciado y temido hasta en los últimos confines de la Tartaria, y en los confines remotos del Maghreb, y en su misma metrópoli existe un pueblo innumerable, siempre creciente, sobre el cual no ejerce su poder ni por

asomos, que se rie de él, de su fuerza y de su fé. Por toda la haz de sus vastísimos dominios, entre las tribus más miserables de sus provincias lejanas, en las mezquitas y en los conventos solitarios de los países salvajes, se ruega ardientemente por su vida y por su gloria; y sin embargo, no da en sus estados un paso sin encontrarse en medio de enemigos que lo execran é invocan la venganza de Dios sobre su cabeza. Para toda la parte de mundo que se extiende delante de su residencia real, es uno de los más augustos y formidables monarcas del universo; para la que se extiende á sus espaldas, es el hombre más débil, más pusilánime, más miserable de los que llevan corona ciñendo las sienes. Enormes y contrarias corrientes de ideas, de voluntades, de fuerzas opuestas á la naturaleza y á las tradiciones de su poderío, lo envuelven, lo arrastran, lo dominan y trasforman todo bajo sus plantas, á su alrededor, á pesar suyo, á veces sin que lo advierta siquiera, y cambian costumbres, usos, leyes, creencias, hombres, todo.

Y él está allí, entre Asia y Europa, dentro de su soberbio palacio bañado por el mar, como en nave dispuesta á levar ancla en el centro mismo de infinita confusion de cosas y de ideas, circundado de fastuosidad fabulosa, y de miseria sin fin, no siendo ya *ni dos ni uno*, ni verdadero musulman, ni verdadero europeo, reinando sobre un



pueblo en parte ya mudado y cambiado, bárbaro de sangre, civil de aspecto, bifronte como Jano, servido cual númen, vigilado cual esclavo, adorado y amenazado juntamente, y cada día que pasa se extingue un rayo de su aureola y se cae una piedra de su pedestal.

Me parece que si yo estuviese en su lugar, cansado de aquella condicion y manera de ser tan singular y rara en el mundo, saciado de los placeres, estomagado de tanta adulacion y lisonja tanta, aburrido de las sospechas, indignado de aquella mal segura soberanía, de aquel ocio, de aquel desorden, el día ménos pensado, á la hora en que el inmenso Serrallo se sumerge en el sueño, me arrojaría á nado en el Bósforo como galeon fugitivo, é iría á pasar la noche á una taberna de Galata, entre un puñado de marineros, con un vaso de cerveza en la mano y una pipa de yeso en la boca, cantando *La Marsellesa*.

\*  
\* \*

Media hora despues el Sultan volvió á cruzar por la plaza rápidamente en carruaje cerrado, seguido por una escuadra de oficiales á pié, corrien-

do detrás del coche, con lo cual terminó el espectáculo.

De todo él, lo que me produjo mayor sensacion fué la carrera de la oficialidad de gran gala, á saltos, ¡como lacayos detrás del vehículo imperial!

¡Jamás recuerdo haber presenciado una prostitucion semejante de las divisas militares y el honoroso uniforme!

Por lo que habrán comprendido mis lectores, esta exhibicion del Sultan es ahora una cosa demasiado vulgar y hasta mezquina. Los Sultanes de otras épocas salían con gran pompa, precedidos y seguidos de nubes de ginetes, de esclavos, de guardianes de los jardines, de eunucos, de chambelanes, que vistos de lejos presentaban el cuadro, segun contaban los cronistas, "de vasta red de tulipanes."

Los Sultanes del día, en cambio, rechazan la ostentacion teatral de la perdida grandeza. Con frecuencia me pregunto qué diría uno de aquellos primeros y magníficos Monarcas, si surgiendo de repente de su sepulcro de Brussa ó de su tumba de Stambul, viese atravesar uno de estos nietos del siglo XIX engalanado con una levita negra de una hilera de botones abrochada, sin turbante, sin espada, sin pedrería y por entre grupos de insolentes extranjeros.

Creo que subiría la sangre á sus mejillas de



rabia y de vergüenza, y en prueba de soberano desden, le haría cortar la barba al nieto á golpe de cimitarra, como hizo con Hassan Soliman I, que es la mayor de las injurias que se puede inferir á un osman.

Existe la misma diferencia entre unos y otros Sultanes, que la que media entre aquellos siglos XII y XVI en los cuales resonaron los nombres de Señores musulimes como rayos de pólvora, y los Imperios del presente en el Oriente europeo. Ellos reunían en sí la juventud, la belleza y el vigor de su raza, y no eran solo imágen viva del propio pueblo, bella insignia, piedra preciosa de la espada del islamismo, sino que constituían por sí mismos una verdadera fuerza, tal, que no hay quien se atreva á desconocer y negar que en sus cualidades personales estribaba la causa más eficaz del maravilloso incremento de la pujanza otomana.

El más bello período es aquel que abraza los primeros albores de la dinastía, que luego cuenta hasta ciento noventa y tres años desde Osman á Mahomet II. Aquella fué, sin disputa, cadena de príncipes fortísimos, y con una sola excepcion y teniendo en cuenta los tiempos y las cualidades de la raza, austeros, prudentes, amados de sus propios súbditos; á menudo feroces; por lo general injustos, mas con frecuencia tambien generosos, benéficos y nobles con los enemigos. Así se

comprende que todas aquellas gentes debían ser príncipes bellos y de tremebundo aspecto; verdaderos leones, como les apellidaban sus madres, «cuyo rugido hacía estremecer la tierra.»

Los Abdul-Megid, los Abdul-Azis, los Murad, los Hamid, no son sino larvas de Bajás, en comparacion de aquellos jóvenes formidables, hijos de madres de quince años, de padres de diez y ocho, nacidos de la flor de la sangre tártara y de la flor de la belleza griega, persa, caucásica. A los catorce años mandaban ejércitos y gobernaban provincias, recibiendo en premio, de sus madres mismas, las más bellas y ardientes esclavas. A los diez y seis años, eran ya padres; á los setenta, todavía lo podían ser. Pero nunca el amor debilitaba el bizarro temple de su espíritu ni de su cuerpo. El ánimo era de hierro, segun frase de los poetas, y el cuerpo de acero. Les eran comunes ciertos rasgos, perdidos más tarde en sus degenerados nietos: la frente alta, el entrecejo marcado y sin solucion entre ambas cejas, como los persas; los ojos azules de los hijos de las estepas, la nariz aguileña, y un tanto encorvada á su terminacion sobre la boca de purpurinos lábios, «como pico de papagayo sobre cerezas;» poblada y sedosa barba negra, cantada por los poetas del Serrallo con símiles ora dulces, ora terribles. Tenían la «mirada de águila del monte Tauro y la fuerza del Rey del desierto;» cuello de toro, anchísimas espaldas,



pecho saliente, "pudiendo encerrar toda la ira guerrera de sus pueblos;" brazos larguísimos, articulaciones colosales, piernas cortas y arqueadas, que hacían trepidar de dolor los vigorosos corceles turcomanes; grandes manos velludas, que manejaban como si fueran cañas las mazas y los arcos enormes de bronce, de sus soldados. Llevaban sobrenombres, motes, dignos de sus temperamentos: *El Luchador*, *El Campeón*, *El Rayo*, *El Triturador de huesos*, *El Escanciador de sangre*. La guerra, después de Alá, era el primero de sus pensamientos; la muerte, el último. Carecían, cierto, del génio de los grandes capitanes, pero todos se hallaban dotados de aquella prontitud de resolución que cuasi siempre lo suple, y de aquella obstinación feroz que consigue idénticos efectos que el génio mismo. Volaban cual fúrias aladas por los campos de batalla, mostrando de lejos las largas plumas de Airon, prendidas como joyel en sus blancos turbantes y los anchos caftanes tejidos de oro y de púrpura; y sus gritos salvajes impulsaban hácia adelante los batallones diezmos por la metralla sérvia ó austriaca, cuando no bastaban los latigazos sacudidos por los furibundos cabos á lo largo de las espaldas de los soldados. Lanzaban sus caballos á nado en los rios, manejando en remolino sus gúrnias y alfanges, que destilaban sangre por encima de las aguas; aferraban por el cuello, desmontándolos de sus

sillas á los Bajás cobardes que volvían grupa en el combate; echaban pié á tierra en lo más encarnizado de la lucha, batiéndose cuerpo á cuerpo, y en la derrota clavaban sus puñales cuajados de pedrería, en las espaldas de los que huían temerosos; heridos de muerte, todavía comprimiendo la herida, subían á un alto para mostrar al morir sus semblantes amenazadores, recomendando la venganza á sus genízaros, y caían rugiendo de rábía, pero no de dolor!!

¿Cuál sería la sensación que experimentasen las jovencillas circasianas ó persas recién llegadas á la pubertad, cuando por vez primera, la noche de un día de batalla, bajo purpúrea tienda en el campamento, á la velada luz de mágica lámpara, comparecían ante uno de aquellos Sultanes espantosos y soberbios, embriagados con la victoria, con el triunfo y con la sangre?

Bien es verdad que entonces convertíanse los bravos leones en dulces y mansísimos corderos, estrechando entre sus huesosas manos, todavía convulsas del juego de la espada, aquellas maninas infantiles, buscando galantes mil imágenes de las flores de sus jardines, de las perlas de sus puñales, de los pájaros de sus bosques, de los colores de la Aurora en la Anatolia y la Mesopotamia, para alabar la belleza de sus esclavas, tímidas hasta que el miedo y el respeto dejaban paso en el ánimo á la simpatía ó el afecto, y rompían



á hablar en su lenguaje apasionado y fantástico:

—¡Corona de mis sienes! decían. ¡Gloria de mi vida! ¡Dulce y temible Señor mio! ¡Que tu rostro sea siempre blanco y espléndido en los dos mundos de Asia y Europa! ¡Que la victoria te siga por todos los sitios donde te lleve tu corcel! ¡Que tu sombra se extienda por todo el universo! ¡Querría ser rosa para perfumar lo alto de tu turbante, ó mariposa para batir las alas sobre tu frente!

Y luego, con apagada voz, cantaban las lindas esclavas á aquellos grandes amantes cariñosos, que se adormecían en el seno de ellas, sus infantiles historias de palacios de esmeralda y montañas de oro, mientras alrededor de la tienda, por la campiña ensangrentada y oscura, el feroz ejército dormía, descansando del combate.

Pero aquellos sultanes dejaban toda molición en el dintel del haren, saliendo más fieros despues de gustadas las delicias del amor. Eran suaves en los harenes; sangrientos en el campo; humildes en la mezquita; soberbios en el trono.

Así, hablaban un lenguaje lleno de fulgurantes hipéboles y fulminantes amenazas, y cada sentencia suya era irrevocable, provocando una guerra, ensalzando hasta las nubes á un hombre que yaciera en el polvo, haciendo rodar una cabeza á los piés del trono, ó desencadenando hu-

racanes de hierro y fuego sobre una provincia rebelde.

Así, arremolinándose desde Pérsia al Danubio, desde Arabia á Macedonia, entre batallas, triunfos, cacerías, amores, trascurría la flor de los años de los sultanes en virilidad hirviente, audaz juventud, y arribando á la vejez y hasta á la ancianidad con tales bríos, que apenas si la advertían el seno de sus amantes, el lomo de sus corceles, ni la empuñadura de sus espadas. Y no ya en la vejez, empero en la verde edad, sucedía en ocasiones que, oprimidos por el sentimiento de su monstruoso poder, desconcertados de repente por el furor de los vencedores, por la conciencia de una responsabilidad sobrehumana, apoderándose de ellos una especie de terror en la soledad y aislamiento de la propia altura, volvíanse á Dios dejando trascurrir días y noches en los retiros oscuros de sus huertos, componiendo poesías religiosas ó yendo á meditar sobre el Coran á orillas del mar, ó á bailar la danza frenética de los dervis, ó á macerarse con cilicios y hacer penitencia con ayunos en las cavernas de viejos eremitas.

Y de igual modo que en la vida, se presentaban en la muerte casi todos á sus pueblos, como figuras venerables ó temibles, ya muriesen con la serenidad de los justos y los santos, como el jefe de la dinastía; ya cargados de años, de gloria y de tristeza, como Orcan; ora por el puñal de un



traidor, como Murad I; ora en la desesperacion del destierro, como Bayaceto; bien conversando plácidamente en círculo de sábios y poetas, como el primer Mahomet; bien del dolor de una derrota como el segundo Murad: ¡y con seguridad puede afirmarse, que sus fantasmas amenazadores, es lo que permanecerá de más grande y más poético en los sangrientos horizontes de la historia otomana!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE.

### TOMO PRIMERO.

	PÁGINAS.
RETRATO DEL AUTOR.....	II
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	IX
ADVERTENCIA.....	XI
La llegada.....	1
Cinco horas después.....	29
El puente.....	37
Stambul.....	51
En la fonda.....	65
Andando por Constantinopla.....	73
Galata.....	76
La torre.....	80
El cementerio.....	82
Pera.....	84
El gran Campo de los muertos.....	89
Pancaldi.....	92
San Dimitri.....	94
Tataola.....	96
Kassim-Bajá.....	98
El Café.....	101
Piali-Bajá.....	103
Ok-Meidan.....	106
Piri-Bajá.....	108
Haskioi.....	110
CONSTANTINOPLA.—T. I.	23